

llos instantes Claudio. El gracioso calló temiendo su propia respuesta. Pero tanto insistieron los preguntones y tal afán debía sentir él por satisfacer aquella curiosidad más ó menos insana, que dijo: «Por la parte de Ostia vese condensarse con rapidez y venirse acá con prisa una terrible tempestad.» Y en efecto, aquella palabra hizo en los cortesanos lo que suele hacer una lluvia en las muchedumbres: dispersáronse todos, no sabemos si bien al eco de tamaño anuncio, si bien al desgarrador latigazo del propio remordimiento,



Altar de Maguncia (desarrollo del altar)

## CAPÍTULO VI

### LAS TEMPESTADES DE OSTIA

— ¿Te callarás más tiempo? — le preguntaba Rufo á Narciso en el momento de penetrar éste por los vestíbulos del palacio imperial en Ostia.

— He resuelto hablar, mas por ajena boca.

— Habla, sea como quiera.

— Como los médicos ensayan sus medicinas nuevas en los esclavos inútiles, yo ensayo el humor de Claudio en unas mujeres perdidas.

— ¡Buena industria!

— Temo que, al saber lo acontecido en su familia, descargue las consiguientes iras, no sobre la culpada, sobre la narración.

— Y como la narración sale de un cuerpo con huesos y todo, sobre la persona que narre, ¿no es eso?

— Eso.

— Buen taimado estás.

— Ya sabes lo que ha pasado.

— Sí.

— Ha pasado que, después de matar á muchos por sus órdenes, transcurridos varios días, en su olvido de todos y de todo, Claudio ha preguntado por los muertos.

— ¿De veras?

— Y ha mandado gentes en su busca.

— ¡Cuál bellaco!

– Y se ha irritado porque no volvían.  
 – ¡Imposible!  
 – Y ha querido matar á los que, obedeciendo sus órdenes, habían ejecutado sus capitales sentencias.  
 – Ahora comprendo cómo te precaves así.  
 – ¡No que no!  
 – Los olvidos de Claudio son simas en que no conviene caer.  
 – Pues ahí está embargado por tanto trabajo como trae á la continua entre manos.  
 – Voy á verle.  
 Y Narciso dejó á Rufo para entrarse de rondón en el gabinete de Claudio.  
 – ¡Narciso! – dijo con amistad el emperador al verle.  
 – ¡Ave, César! – le contestó su liberto, saludándolo con la reverencia que pudiera usar para con un dios.  
 – ¿Vienes por Ostia?  
 – Sí, Claudio.  
 – Mucho lo celebro.  
 – Estas playas enamoran mi ánimo.  
 – Como que recuerdan el arribo de nuestro Pío Eneas – dijo Claudio, que gustaba de pedantear á la continua.  
 – Y con el arribo de vuestro abuelo Eneas – añadió Narciso por añadir algo, – *La Eneida* de Virgilio.  
 – ¡Virgilio! – dijo Claudio como si le costase trabajo recordar tan sabido nombre.  
 – *La Eneida* sublime de Virgilio – dijo Narciso insistiendo.  
 – ¡Ah! Es verdad.  
 – ¡Qué versos!  
 – El peregrino Eneas entrevió en otras playas Italia por vez primera. Mas no pisó el continente sino por Ostia.  
 – E hizo bien – observó maquinalmente Narciso, por observar algo, absorto como estaba en la preparación del plan conducente á revelar al cuitado Claudio su deshonra.  
 – Pues Virgilio no pudo hacer en letras lo que Claudio ha hecho – dijo el emperador.  
 – ¿Cómo? – preguntó Narciso, pero sin saber lo preguntado él mismo.

– Pues tú lo sabes mejor que nadie. ¡Hasme ayudado con tanta solicitud en todo cuanto yo te he pedido!  
 – ¿Qué? – y preguntaba Narciso en alta voz como quien habla con un sordo.  
 – Yo he añadido tres consonantes a nuestro alfabeto.  
 – ¿Aquí en Ostia? – volvió á preguntar Narciso, pero sabiendo cada vez menos lo que preguntaba.  
 – No, en Roma.  
 – ¡Oh!  
 – Aquí en Ostia no me canso de ampliar el puerto como quería mi glorioso predecesor, el divino Julio César.  
 – Cumpliendo así un sueño suyo, el cual había visto, pocos días antes de morir, en Ostia y sus riberas todas las naves del mundo reunidas.  
 – Justo.  
 – Así al nombre de Ostia se unirá tu nombre desde hoy.  
 – ¡Cuál satisfacción!  
 – Inmensa.  
 – Ya lo creo, aquí desemboca el Tíber.  
 – Y desde la ciudad á su desembocadura las orillas tienen más número de palacios que las orillas de todos los demás ríos del mundo juntos.  
 – Verdad, verdad.  
 – Sagradas riberas en que la Historia y la Poesía de Roma comienzan.  
 – Mil veces sagradas – dijo por su parte Claudio entusiasmándose y enardeciéndose al contacto de su inteligencia con la palabra de Narciso.  
 – ¡Cuántos beneficios te deberán estos lugares!  
 – Tantos casi como al poeta que los ha inmortalizado.  
 – Tienes razón, Claudio



Estatua del emperador Claudio  
 (Roma, Vaticano)

— Yo siempre la tengo.

— El poeta Virgilio describió el desembarque de su héroe tro-  
yano en el séptimo canto de la inmortal *Eneida*.

— Bien lo recuerdo ahora — exclamó Claudio como sacando del  
seno de su memoria muy olvidados estudios.

— ¿Lo recuerdas?

— ¡Vaya!

— ¿Recuerdas la descripción del mar sonrosado por los rosicle-  
res de aurora gozosísima?

— Y recuerdo la descripción del mar en calma, tan hermosa.

— Efectivamente. Las brisas callan, las velas se arrugan, y hay  
que apelar al remo para surcar la inmóvil superficie, que parece  
como sólida en aquel momento.

— Y entonces advierte un sitio en aquella inmovilidad general,  
donde se agitan las aguas en torbellino, sombreadas por copudos ár-  
boles y amenos bosques crecidos en sus orillas.

— Es la desembocadura del Tíber — dice Narciso.

— La desembocadura del Tíber, que dará la inmortalidad á Os-  
tia — añade Claudio.

— Ciertamente.

— No se ven ahora las aves multicolores, con que Virgilio exor-  
nara este sitio en su poema.

— Pero se ven cosas más útiles, cual gallardas naves de Ale-  
jandría, de Tiro, de Atenas, de Gades, traídas aquí al conjuro de  
mi voz para procurar á los romanos el debido sustento.

— Como que Ostia es hoy puerto frumentario de Roma gracias  
á ti, Claudio.

— ¿Qué sería, Narciso, del pueblo rey si Ostia no abriera paso  
hacia sus graneros y hacia sus despensas al trigo de África y al  
aceite de Hispali?

— Por eso has hecho muy bien fomentando las fiestas que cele-  
bra el prefecto de la Ciudad Eterna en la isla cercana, cuyas riber-  
ras se dilatan gallardamente entre Porto y Ostia.

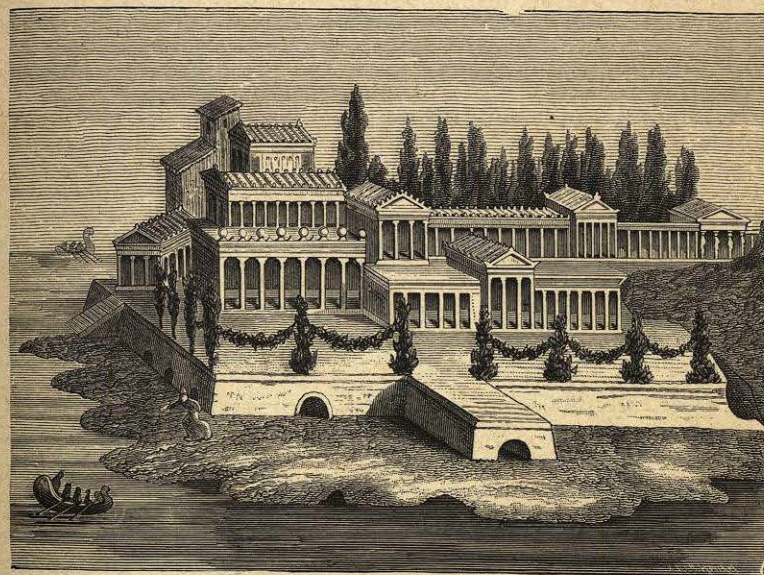
— Como que reproducen las navegaciones virgilianas; las naves,  
que se deslizan, ya por el mar, ya por el río, pintadas de mil colo-  
res, y reluciendo con sus adornos y con sus rostros de metal; los  
remeros que sacuden los remos al compás de los coros armoniosí-

simos en agua transparente y clara, bajo bóvedas de verdor grato  
formadas por los entrelazados árboles de las sendas orillas.

— Y todo esto, al mismo tiempo que divierte de asuntos tristes  
el ánimo y lo esparce, recuerda la sacra religión de nuestros abuelos.

— Sí, esa religión — dijo Claudio — por la cual hice yo tanto.

— Como que has devuelto los proscriptos á Roma.



Una villa romana á orillas del mar (copia de una pintura de Pompeya)

— Para que no airasen á los dioses con sus maldiciones.

— Y has roto las cadenas de los esclavos aumentando el nú-  
mero de libertos.

— Para que hubiera los menos siervos y los más hombres po-  
sibles.

— Y has aumentado el número de ciudadanos, admitiendo al  
derecho de ciudadanía los hijos de las razas cabelludas.

— Para que los confines de Roma lleguen á ser los confines del  
mundo.

— Y has ocurrido á los siervos abandonados.

— Realizando así la filosofía estoica sin alardes retóricos ni me-  
tafisiqueos inútiles.

— Y has asegurado las naves contra los siniestros.

— Para gobernar en compañía de Neptuno el Océano.

– Y has reconstituido el colegio de los feciales.  
 – Para que los dioses no sean adversos ni á mí ni á Roma.  
 – Y has celebrado los juegos seculares.  
 – A fin de que todos recuerden el año verdadero en que se fundó la Ciudad Eterna.

– Y has desarraigado el culto druida.  
 – Para no ver en sus dominios los sacrificios humanos.  
 – Y has expulsado los astrólogos.  
 – Para que no mientan.  
 – Y has impedido la entrada en Roma de los trigos.  
 – Para que no escandalicen.  
 – Así te ama el pueblo romano.  
 – Y todos los demás pueblos del orbe.  
 – Amén.

– Mi ventura imperial no tiene límites.  
 – ¡Pluguiese á los dioses que tuvieras también toda la felicidad privada por tus virtudes y tus talentos merecida!

– ¿Qué has dicho? – preguntó Claudio muy extrañado de aquel voto.

– Nada – murmuró Narciso entre dientes.  
 – Algo has dicho.  
 – No, nada.  
 – Y muy grave.  
 – Perdón...  
 – ¿Me deseas la felicidad privada y doméstica?  
 – Mucho.  
 – Pues qué... ¿no la tengo?

Narciso meneó la cabeza con profunda melancolía.

– ¿No la tengo?  
 – Pregúntatelo á ti mismo.

– ¡Narciso!

– ¡Claudio!

– No hieras mi corazón, pues ya conoces de antiguo su ternura exquisita.

Narciso no pudo contener, al oír esto en labios del hombre á quien tanto amaba, no pudo contener un sollozo.

– ¡Lloras! – le preguntó Claudio asombrado.

– ¿No lo ves? – respondió Narciso.

– ¿Qué ha sucedido?

– ¡Ah!

– Habla.

Narciso mostró en seguida con el gesto que no podía materialmente hablar.

– La voz se anuda en tu garganta.

Narciso asintió á este aserto con la cabeza.

– ¿Qué ha pasado?

– No quieras saberlo.

– ¡Oh! ¡oh! ¡oh!

Y Claudio comenzó á dar gritos como un demente.

– Perdón – exclamó Narciso, cayendo á los pies del César.

– ¿Qué sucede?

– ¡Ay!

– Habla.

– No puedo.

– Teme mi cólera.

– Dispón como quieras de tu siervo.

– ¡Narciso!

– Mátame si te place.

– Cuéntame qué sucede.

– Ya te lo contarán.

– ¿Ha muerto mi adorado Británico?

– No.

– ¿Le ha sucedido algo á Nerón?

– Tampoco.

– ¿Agripina está buena?

– Buena.

– ¿Se ha sublevado alguna legión en el Imperio?

– Ninguna.

– ¿Se ha caído algún templo de mis dioses?

– No.

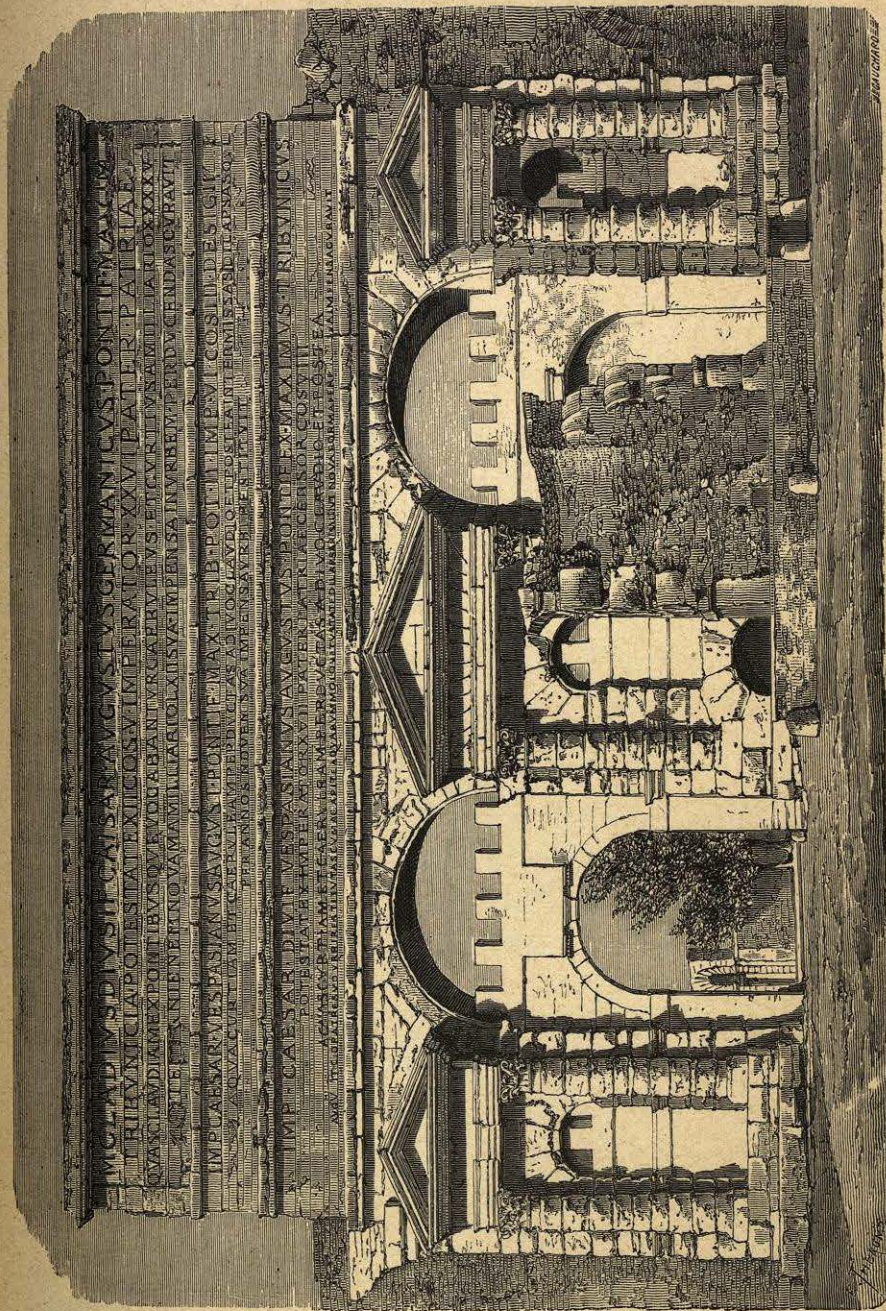
– ¿Se ha visto algún presagio adverso al pueblo romano?

– Tampoco.

– ¿Han hablado los augures?

– No han hablado.

- ¿Se ha oído algún siniestro augurio?  
 — No se ha oído.  
 — Pues ¿qué puede pasar?  
 — Claudio, recorre tu corazón y tu memoria.  
 — Creo haber dicho todo cuanto podía decir.  
 — ¿Todo?  
 — Todo.  
 — Recuerda bien.  
 — ¡Ah! ¿Por ventura los gramáticos griegos han reprobado mi alfabeto?  
 — No.  
 — ¿Se han reído los atenienses de mi arenga última?  
 — No se han reído.  
 — ¿Se ha muerto alguno de mis caballos predilectos?  
 — Tus cuadras están sanísimas.  
 — ¿Le ha pasado algún accidente á mi sobrina?  
 — ¿Por cuál sobrina preguntas?  
 — Por Agripina.  
 — ¡Pluguiera al cielo! Ya me has preguntado esto antes y hete dicho que no.  
 — ¿Se ha roto el acueducto erigido por mis manos?  
 — Está erguido, como al acabar de construirlo.  
 — Entonces...  
 — ¿Qué?  
 — No acierto.  
 — Recuerda.  
 — ¡Ah! Se me olvidaba.  
 — ¿A quién recuerdas?  
 — ¡Olvidadoso de mí!  
 — ¡Ah!  
 — ¿Dónde se halla Mesalina?  
 El sumiso liberto no pudo contenerse, y dió un paso atrás, como si quisiese huir espantado.  
 — Una, dos, tres — murmuraba Claudio contando con los dedos.  
 — ¿Qué cuentas, César mío? — le preguntó Narciso.  
 — Una, dos, tres, cuatro..  
 — ¿Qué cuentas? — volvió á preguntarle.



Acueducto de Claudio ó Porta Maggiore (de una fotografía)

— Pues...

— Di.

— Cuántas noches hace que no he dormido con Mesalina.

— ¿Eso cuentas? Pues hace algunas.

— Llámala.

— Es la única orden tuya que no cumpliré; llámala.

— ¿Qué pasa, Narciso?

— Ya te lo dirán, Claudio.

— Dímelo tú.

— Yo no puedo.

— ¿Por qué?

— Porque no debo.

— Pero ¿qué ha pasado?

— Estas mujeres te lo dirán — respondió Narciso abriendo una puerta con temor.

— ¡Claudio! — exclamó, entrando una joven muy bella, en quien todos los aires de la persona delatábanla claramente de un oficio vil.

— ¡Calpurnia! — dijo Claudio

— ¡César y señor! — dijo á su vez la que, profesando el igual oficio que la predecesora, más tímida, se quedó un poco atrás y penetró en la estancia un poco después.

— ¿También tú aquí, tú, Cleopatra?

Las dos mujeres, en vez de responder á las extrañezas del emperador, se arrojaron á las plantas de éste y le ciñeron con los brazos las rodillas, cual si á una creyéranse ambas incursas en gran delito, por haber llegado allí sin permiso y hasta sin conocimiento de Claudio.

— Yo no quiero nada con vosotras hoy — dijo Claudio.

— Ya lo sabemos — respondió Calpurnia, que llevaba la voz en tan extraordinaria escena.

— ¡Bueno estoy para bromas!

— Perdón, perdón por nuestro atrevimiento — decían las dos á una sin levantarse del suelo.

— ¡Bueno estoy ni para perdonar ni para castigar! — repetía Claudio.

— Sólo en tu servicio hemos venido — exclamaba Calpurnia.

— Y en tu socorro — añadía Cleopatra.

— Pero conste que ni os he llamado ni os necesito ahora— observaba el emperador en medio del aturdimiento producido en su cabeza por aquellos dichos y aquellos actos cada vez más incomprensibles.

— Sí, sí.

— No quiero que luego me arguyáis de haberos desatendido y desairado.

— Jamás haremos tal— dijo Calpurnia.

— Ya sabéis que si os llamo alguna vez no lo hago para dejaros ir malcontentas.

— ¡Vaya si lo sabemos!— añadió Calpurnia también.

— Pero me ha extrañado por tal manera que hayáis venido ahora, y que hayáis venido sin orden alguna mía, cuando yo á este perro de liberto le preguntaba cosas por todo extremo interesantes respecto de palabras tuyas muy vagas, que francamente os he recibido muy de mal grado, yo que tenía costumbre de llamaros para mi esparcimiento y para mi gusto.

— Cuando nosotras venimos sin llamarnos, razones potísimas tendremos— le replicó Calpurnia, pues Cleopatra no hacía otra cosa más que asentir con movimientos de cabeza instantáneos ó con monosílabos expresivos á lo que decía su compañera en aquel momento.

— ¿También vosotras venís ahora con salidas tales aumentando mis confusiones, cual este Narciso, á quien los dioses confundan, pues sus labios me dicen fórmulas imposibles de interpretar por sibilinas y por oraculares?

— Cuanto yo hubiera de contarte— le observó Narciso, — contántelo mejor estas dos mozas, en cuyas palabras sinceras no encontrarás deo amargo alguno de interés, ni ambición alguna de favor ó de privanza.

— Pero acaben, por todos los dioses infernales, de contarme lo que sucede.

— ¡Ellas te lo contarán!— dijo el redomado liberto de nuevo.

— Pronto, pronto— gritó con furia Claudio, ya fuera de sí.

— Mesalina... — exclamó Calpurnia.

— Mesalina... — repitió Cleopatra, cual si fuera su voz el eco de la voz de su amiga.

— ¡Oh! Mi mujer, ¡cuán hermosa mi mujer!

— ¡Huy!

Y Narciso gesticuló siniestra gesticulación, al notar este movimiento, no ya de afecto cariñoso, de apetito sensual, despertado en la extraña naturaleza de Claudio al amadísimo nombre de su esposa.

— Mesalina... — volvió á decir Calpurnia muy aterrada.

— Mesalina... — volvió á repetir Cleopatra.

— Concluid— gritó Narciso entonces con imperio.

— Mesalina ¡oh! ¡cuánto me gusta esa mujer!— dijo Claudio. — Su nombre hace latir las imperiales sienas mías y encenderse la divina sangre de mi madre Venus en las venas. Poned la mano sobre mi corazón, y notaréis qué golpes ahora da tan fuertes el cuitado. Yo no recuerdo caricias que me transporten como sus caricias. Mis placeres habrán mariposeado sobre otras flores, como vosotras dos por ejemplo, ilusiones de un minuto, caprichos fugaces, rápida satisfacción olvidable y olvidada pronto. Pero en ella estuvo siempre la luz de mis ojos, el calor de mi vida, el objeto predilecto de mi amor. ¡Cuántos goces recuerda ese nombre mágico que acabáis de pronunciar! ¡Mesalina, Mesalina, Mesalina! Yo nunca me cansaré de traerlo á la memoria y evocarle con verdadera insistencia.

— ¡Ay, ay, ay! — exclamó Narciso viendo cómo en Claudio se iban despertando todos los instintos animales, que con más apretados nudos enlazaban el emperador á la emperatriz, dominadora de su marido por gracias cada día más fuertes y poderosas de suyo sobre la complexión entre grosera y sensual de éste, complexión muy contradictoria, con caídas bruscas en la triste animalidad inferior, con saltos violentos hacia el ideal, pero esclava de sus dos propensiones capitalísimas, que fueron gozar del amor material exacerbado por su posición extraordinaria y conocer las ciencias sociales tal y como se daban en su tiempo.

— ¡Mesalina! — volvió á decir el emperador, desasiéndose bruscamente de las dos mujeres arrodilladas á sus pies, cual si le repugnasen muchísimo una y otra después de haber pasado por sus oídos aquel nombre, que se le difundía con un calor verdaderamente comunicativo por toda la sangre.

— Acabad, acabad— por su parte decía Narciso, impeliendo á